



José Tomás de Cuéllar

Las Machucas

Por todas partes se hablaba del baile de doña Bartolita, como le decían algunos, o del baile del coronel, como le decían otros; pero lo más general era, entre los convidados, llamarle el baile de Saldaña, pues, como saben bien nuestros lectores, Saldaña era el que se había encargado de la concurrencia.

No desperdiciaba coyuntura para engrosar las filas; entraba a La Concordia y encontraba un general amigo suyo desayunándose.

-¡Buenos días, mi general!

-¿Qué hay, Saldaña, cómo va?

-Ya usted lo ve, mi general, haciendo por la vida -contestó Saldaña tomando asiento familiarmente al frente del general.

-¿Qué hay de nuevo?

-¡Hombre, mi general, hombre, qué ha de haber, un bailecito!, pero oiga usted, de lo que hay poco.

-¿Cómo es eso?

-Figúrese usted que yo lo estoy arreglando.

-¿Usted?

-Sí, mi general, estoy encargado de los vinos y de convidar.

-¡Ah!, ¿conque usted convida?...

-Sí, mi general, y lo convido a usted formalmente; calle de...

Y Saldaña dio las señas de la casa.

-¿Conque va a estar muy bueno, eh?

-Vaya; figúrese usted que van las Machucas...

-¿Van, eh?
-Vaya, las primeras
-¿Y quiénes más?
-Pues oiga usted, van muy buenas muchachas. Van la de don Gabriel y la de Camacho.

-Quiere decir, que será un bailecito en el que...
-Van muy buenas muchachas, mi general. No deje de ir.
-Pero, ¿quién es el dueño de la casa?
-¡Ah!, se me había olvidado. Pues el coronel del... -y Saldaña mentó un regimiento-. No falte usted, mi general, no falte usted; hay buenos vinos. Acabo de arreglar la factura con don Quintín Gutiérrez. Conque calle de... número... el sábado en la noche. Ya sabe usted que van las Machucas.

No sabemos por qué, pero aquel general pensó lo que muchas personas habían pensado al aceptar la invitación de Saldaña. El baile ha de estar bueno porque van las Machucas.

No había pagado aún el general el chocolate, cuando se acercó a hablarle un amigo suyo.

-¿Qué hay, general? Buenos días.
-¿Cómo va, Peña, cómo va?
-Nada, aquí me tiene usted muy contento.
-¿Se ha sacado usted la lotería?
-No, general; pero me acaban de convidar a un baile.
-¿Qué baile?
-Un baile muy bueno; figúrese usted que van las Machucas...
-¿Conque van las Machucas? -preguntó el general casi maquinalmente.
-Van las Machucas, sí, señor; van las Machucas, figúrese usted.
-Hombre, Perico -dijo un pollo a otro, entrando a La Concordia-, no dejes de ir el sábado al baile. Van las Machucas.
-¡Qué capaz que falte! Aunque sea cojeando...
El general y Peña se dirigieron una mirada de inteligencia.
-Por todas partes se oye hablar de este baile -dijo Peña.
-Y lo más notable es que a todo el mundo se le oye decir que el baile va a estar muy bueno porque van las Machucas. ¿Quiénes son, por fin, esas Machucas tan mentadas?

-¡Cómo!, ¿no conoce usted a las Machucas, general? Entonces no va usted al Zócalo, ni a las tandas, ni al circo, ni a ninguna parte.

-Yo no digo que no las conozco, y mucho, ¿quién no conoce a las Machucas?, pero no sé quiénes son.

-¡Ah, hombre!, en cuanto a eso... En primer lugar le diré a usted que se visten muy bien. ¡Ah!, eso sí, ¡qué bien se visten!

-Ya lo he visto, pero...
-No, en cuanto a lujo, yo le aseguro a usted que...
-Bien; pero vamos a ver, ¿de dónde les viene?
-Acabáramos, general. Ésa es cuestión de forrajes.
-Hombre, Peña, eso es muy misterioso.
-Nada de misterio. Todo el mundo lo sabe.

-¿Pero de quién dependen ellas?
-Pues dependen... ahora verá usted... porque Gumesinda, la más chaparrita, la de los ojos...

-Sí, ya sé quién.

-Pues ésa... ésa no es verdaderamente Machuca; ella es Obando, o mejor dicho, Pérez del Villar, porque Obando ya se había separado de su mujer cuando...

-¡Bien!, no tome usted las cosas tan lejos y convengamos, como ha convenido todo el mundo, en que las dos son Machucas. Dígame usted, sin rodeos, de quién dependen, quién las mantiene, quién...

-La mantención es lo de menos, porque Machuca, el pagador, ya sabe usted que es un lebrón de siete suelas.

-Conozco su historia; le dio una salvadota Tuxtepec...

-Y desde entonces -agregó Peña-, ¡arriba!, ya sabe usted; ésta es la época de los lebrones. En fin, se armó, general, se armó y, como él dice, se preparó para la de secas.

-¿Y él es el que?...

-Le diré a usted; porque... ya sabrá usted que la otra, la verdadera hermana de Machuca... No Gumesinda, sino Leonor, cuando tuvo su niña...

-¡Ah!, ¿conque tuvo?...

-Sí, general, pues por eso se fueron al interior... Pues desde entonces, ya todas las cuentas de la modista no las paga Machuca.

-¡Ah!

-Ya se explicará usted el prestigio de Machuca por allí arriba.

-¡Oh, sí, ya lo sabía!

-Ahora, en cuanto a Gumesinda...

-No sólo Gumesinda, sino la otra, la chiquita... porque las Machucas son tres.

-Ésa tampoco es Machuca; porque bien visto viene a ser media hermana de la otra; y de ésta sí, francamente, no sé el apellido, aunque tengo mis sospechas...

-Bueno; es suficiente -dijo el general, y despidiéndose de Peña salió de La Concordia, no sin proponerse no faltar al baile del coronel, entre otras cosas por ver de cerca a las Machucas.

Aunque la fama de las Machucas era universal, no sucedía lo mismo con Machuca. A éste lo conocían en la oficina, en la tesorería y en algunas partes; pero no era muy dado a exhibirse; tanto que, para obrar él con más libertad, dejaba hacer a sus hermanas; y éstas, como era natural, hacían, y hasta deshacían; cosa que les venía perfectamente, con especialidad cuando solían hacer algo bueno.

Las Machucas habían sido muy pobres, pobrísimas, tanto que Saldaña, que conoce a todo México, suele decir, cuando le piden datos acerca de ellas, que las conoció descalzitas.

Efectivamente, las Machucas no pudieron nunca imaginarse que llegarían al apogeo en que hoy se encuentran; todo debido a lo truchimán y buscón que ha sido su hermano, capaz, según ellas, de sacar dinero hasta de las piedras, tanto, que hay quien cree que es uno de los que tienen la contrata de adoquines para las calles de Plateros.

Las Machucas tenían todas las apariencias, especialmente la apariencia del lujo, que era su pasión dominante; tenían la apariencia de la raza caucásica siempre que llevaban guantes; porque cuando se los quitaban, aparecían las manos de la Malinche en el busto de Ninón de Lenclós; tenían la apariencia de la distinción cuando no hablaban, porque

la sinhueso, haciéndoles la más negra de las traiciones, hacía recordar al curioso observador la palabra descalcitas de que se valía Saldaña; y tenían, por último, la apariencia de la hermosura de noche o en la calle, porque en la mañana y dentro de la casa no pasaban las Machucas de ser unas trigueñitas un poco despercudidas y nada más.

Decíamos que cuando hablan se dejan ver la hilaza; y es lo más natural, porque la pulcritud en el lenguaje no es un artículo de comercio como el raso maravilloso.

Observémoslas al lado de uno de sus amigos de confianza, paisano suyo, y con quien, según ellas decían, no tenían nada que perder porque se habían criado juntos.

Entraba el tal amigo por las recámaras como Pedro por su casa, hasta que encontraba a las muchachas.

-¿Qué haces, Gumesinda?

-Nada, hombre, ya lo ves, peinándome.

-¿Te bañaste?

-¡Caray, hombre! ¡Qué preguntón eres!

-No te enojés. ¿Estás de mal humor?

-Acabo de hacer una muina.

En lo general, las Machucas eran violentas de genio; y todas tres, sin distinción, usaban la palabra hombre a guisa de interjección, así hablaran con un barbudo o con una niña. La palabra caray, que aprendieron desde que las conoció Saldaña, era otro de los rasgos característicos de su estilo oratorio.

Una de las razones que había para que las Machucas fueran muy conocidas y muy mentadas, era que Machuca, que se envanecía de ser un liberal completo, había establecido en su casa, aunque no intencionalmente, la libertad de conciencia y la libertad de reunión.

Las visitas y las Machucas se encargaban de establecer las demás libertades.

Una vez establecido este sistema democrático, a las Machucas no les faltaba a la semana tamalada, baile o excursión en que divertirse; porque así estaban listas para ir a un día de campo como a un casamiento, sin pararse en quién era el anfitrión, ni quiénes eran los novios.

Visitaban a las Machucas muchos hombres y casi ninguna señora. Confesaban ellas mismas que, para tratar con señoras, se necesita mucho cuidado y muchos cumplimientos a que ellas no estaban acostumbradas.

Machuca estaba en este punto de acuerdo con sus hermanas.

Una de las visitas de las Machucas era un señor un poco entrado en años, de bigote y pelo gris claro, ojos claros y aspecto inofensivo; era un señor rico, según fama, que sabía hacer negocios sin ser abogado; vivía de corretajes, de cambalaches y combinaciones, y era afortunado.

Tenía una cosa, y casi no se puede decir en castellano, porque no daría una idea exacta de lo que tenía aquel señor, y se necesita decirlo en latín. Tenía, en fin, coram robis, que es una de las cosas muy útiles de tener en México para hacer letra.

Su aspecto era casi seráfico, o como dice el vulgo, parecía que no sabía quebrar un plato; se reía poco, sus movimientos eran pausados, y le quedaban en la fisonomía algunos rasgos de lo que hacía veinte años le había hecho aparecer como un buen mozo.

Y todo este preámbulo viene a propósito de que el tal señor era de lo más enamorado que se ha conocido. Era, en toda la extensión de la palabra, un enamorado de profesión; era de esas gentes que vienen al mundo con una misión esencialmente erótica, y llegan hasta a ser víctimas de la filoginia, especie de enfermedad incurable como la lesión orgánica.

Tenía este señor mujer e hijas; pero como si no las tuviera, porque a consecuencia de sus alegrías y sus infidelidades estaba separado de su primera familia hacía años. En cambio, tenía otra familia que él se había proporcionado, cediendo a sus irresistibles tendencias matrimoniales, y esta nueva familia le costaba un ojo; lo cual no era un obstáculo para sostener hasta tres casas más, en cada una de las cuales iba a saborear a pequeños sorbos y por turno las delicias de la paternidad.

Era tan afecto a la baratija llamada mujer, que, a pesar de todas aquellas satisfacciones, tomaba la que le ofrecían como los fumadores, por no decir que no; y sin embargo, aquel señor a quien todo el mundo le llamaba ojo alegre no tenía nada de risueño, ¡qué había de tener!; era, por el contrario, adusto y reservado, lo cual no le impedía, por lo visto, ejercer su oficio con constancia y una asiduidad de relojero.

Manténía un ejército permanente de señoras que pertenecían a él, y aún le quedaba tiempo para comer algunas veces en la fonda algunos platillos a la carte.

Este señor visitaba a las Machucas, y su presencia en aquella casa alarmaba a los demás visitantes, como en un gallinero alarma a los pollos un gallo de espolón.

No queríamos darle un nombre por temor de que vaya a parecerse a alguno, y nos achacuen la mala intención de hacer retratos en vez de presentar tipos, faltando así a las leyes de la novela; pero como es preciso distinguirlo con algún nombre para no confundirlo con cualquiera de nuestros personajes, le daremos un nombre que no pueda tener nada de común con el de algunas personas que pudieran parecersele, y le llamaremos a secas don Manuel.

Cuando entraba don Manuel en casa de las Machucas, algunos pollos bajaban la voz, otros se iban, y otros hacían un gesto; pero siempre hacía cambiar el curso de la conversación, al grado que las niñas decían caray menos ocasiones o casi ninguna.

Otra de las cosas a que eran muy afectas las Machucas, era a jugar. ¡Vean ustedes qué rarezas!, pero se morían por los albures, y esto con un candor y una ingenuidad admirables. De manera que en la feria de Tacubaya y otras se las veía entrar al garito con la misma naturalidad y desparpajo con que entrarían al circo, y era que jamás les había pasado por las mientes que el juego de azar es denigrante. Como estas muchachas habían sido pobres, y además cada una tenía una mamá distinta, y cada una de estas mamás una historia más o menos complicada y vergonzosa, habían ido creciendo como habían podido, como crecen esas hierbas silvestres a pesar de tener encima una piedra del camino; crecían en razón de tiempo y de la atmósfera, de la humedad y de la ley de los organismos.

No habían tenido nunca nada; pero habían comido siempre, y siempre se habían cubierto con ropas, más o menos pobres; pero, en fin, se les podía ver, o mejor dicho, no se les podía ver su desnudez. El caso es que habían llegado a la adolescencia sin saber cómo, y hasta sin querer recordarlo; y

hoy, que entran al mundo por una puerta fácil, se dejan llevar de los acontecimientos, sin aprensión y sin escrúpulos, y son felices, con la felicidad ciega del que no se para en preguntar el porqué de las cosas.

Tenían vestidos de seda y alhajas, sin pensar en que tales atavíos eran el precio de la deshonra de su hermano. Se complacían en ser solicitadas, sin pensar que eran aquéllas las solicitudes del buitre que busca la carne descompuesta; y jugaban albuces para probar ese contraste de emociones de perder y ganar, sin pensar ni en lo oprobioso del entretenimiento ni en que alrededor del tapete verde se ponían a la altura de las mujeres públicas que las codeaban, y de los tahures, especie de excomulgados sociales, relegados por la moral fuera de la comunión de las personas honorables.

Las Machucas perdían el dinero de su hermano y su propia reputación en Tacubaya, y volvían a su casa rebotando felicidad, y tan quitadas de la pena que nadie las hubiera podido persuadir de que debían avergonzarse de su conducta. ¡Pobres Machucas! ¡Como ellas hay actualmente tantas jóvenes llevadas al garito por este torrente de desmoralización que condena a nuestra sociedad a la depravación de todas las costumbres!

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

